

milias y los Estados, las ciencias y las artes. (Véase la Introduccion, §§ III y IV).

Sentado queda ya en los prolegómenos de la obra el Catolicismo sin tacha de nuestro historiador. Mas, llegado á la conclusion, estalla, si así decirse puede, la santa fe en que rebosa su privilegiado espíritu, prediciendo con espontaneidad y emoció el dia que se acerca, «en que Católicos y Protestantes, ensalzando con unánime acento al Señor Jesús, «exclamarán en la conciencia de sus faltas y el júbilo de su regreso: Todos pecamos, todos; solo la Iglesia católica es infalible, solo la Iglesia católica es santa é inmaculada.»

ESTRUCTURA DE LA OBRA.

Adopta Alzog para su historia la estructura mas conveniente al título que lleva la obra. La medida de su planta y las proporciones corresponden á la grandeza de su principal destino.

La historia universal de la Iglesia abraza toda la universalidad humana, es decir, á la humanidad entera, al hombre considerado en su genérica totalidad; pues abarca, desde el principio al fin, desde los mas remotos antecedentes hasta las últimas consecuencias históricas, á la Iglesia cristiana. Porque, ¿qué es esa Iglesia á los ojos de la historia? «Es (así la define Alzog) la sociedad visible de los adoradores de Jesucristo, «asistida por el Espíritu Santo, y que, conservando los medios de salvacion establecidos por su jefe, propaga y corona la obra fundada por Jesucristo para librar y santificar al hombre, unirlo con el Padre (*ut sint unum*), y realizar de esta manera el reinado de Dios sobre la tierra.» (Introduccion, § I).

Conformándose á esta latísima definicion, la historia que haya de contener el pasado, el presente y el porvenir, ó sea, los principios, progresos y complemento de la obra fundada por Jesucristo, debe tener cimientos tan espaciosos sobre la tierra, que puedan alojar en su recinto á cuantas generaciones han pasado, pasan y pasarán sobre ella.

Todas estas generaciones deben tener en el universal edificio de la historia cristiana el espacio y lugar que les corresponda segun el destino que la providencia de Dios les haya señalado en su *reino visible*: y hasta cada hombre notable, en la linea del bien y del mal, ignorante ó sabedor del reinado divino, fiel ó infiel, amigo ó adversario de la Iglesia y reino de Dios, han de hallar cabida en aquella construccion destinada á todos los miembros en conjunto de la gran familia humana.

Cuán bien conoce nuestro Autor la extraordinaria capacidad que debe dar á la planta de su fábrica, de modo que nos presente dentro de ella á la Iglesia desplegando sobre la humanidad todos sus medios, hasta dejarla completamente reformada, lo declara en estos términos: «El objeto de la Iglesia, dice, era no solamente conservar puros é intactos los medios de salvacion que se le habian confiado, sino hacerlos penetrar hasta las profundidades de la vida intelectual y moral de la humanidad para vi-

«vificar al hombre todo entero y animarlo en sus relaciones, en sus actos y en todas sus obras.» (Introduccion, § II).

Dos partes tiene, segun eso, la divina obra de la Iglesia. Una, conservar íntegro é incorrupto el depósito sagrado de su fe y de su autoridad infalible, que como necesarios medios de salvacion pusiera en sus manos su Fundador divino; y otra, propagar y aplicar esos medios saludables á la humanidad, enferma en su razon y en su corazon, hasta regenerarle entrambos. Para mostrarnos Alzog á la Iglesia desempeñando la primera parte de su empresa, nos la coloca á la vista organizándose en asambleas ó concilios que declaran y fijan lo que deben creer y practicar los que aspiren á servir á Dios en espíritu y verdad; y nos la hace ver extendiendo los beneficios de su carácter apostólico y de su sacerdocio santo con la multiplicacion de los ministros del servicio divinal, en los diferentes órdenes, grados y dignidades, que ha dilatado la jerarquía, sin menoscabo de la unidad y de la supremacía jerárquica, tales cual el mismo Jesús se las confirió al colegio apostólico (*unum ovile, et unus pastor*). Á su vez, nos la presenta incesantemente ocupada en llenar la segunda parte de su mision, llamando ante sí á todas las escuelas filosóficas, políticas y morales, anteriores y posteriores á la promulgacion del Cristianismo, para enseñarles la falsedad de todos los criterios que contradigan al que la Iglesia enseña al mundo como el único que todo lo explica satisfactoria y cumplidamente, á saber, el criterio de la autoridad con que el Salvador dejó para siempre pertrechada á su Iglesia, «columna y firmamento de la verdad.»

La inmensa y sin igual basilica del Vaticano produce una impresion muy singular al que por la vez primera atraviesa sus umbrales: al pronto le parece de dimensiones muy inferiores á su fama de grandiosidad; pero á medida que la recorre, encuentra esta grandeza muy superior á la idea que de ella se habia formado. Y si así sucede, es porque en la suntuosa fábrica hállase el observador con la historia de todas las maravillas de la fe y del ingenio, de la divinidad y de la humanidad, y con todos los trofeos que circuyen al Cristianismo, vencedor en tantas luchas como ha debido sostener hasta hacerse tan fuerte que ya nada le conmueve, y tan de adorar para la inteligencia y para el corazon de los hombres, que ya ninguno que apetezca dar un centro invariable á sus aspiraciones intelectuales y afectivas, deja de rendir sus facultades á la Confesion de san Pedro.

Iguales encontrados efectos que aquel emporio de la Religion y del arte, excita la obra de Alzog. En su planta, estrecha á primera vista, sorprende luego el percibir en todo su lleno las impresiones de cuanto grande ha realizado la palabra de Dios en el terreno de la Iglesia en todos los conocimientos y sentimientos de la humanidad que ella con su ministerio recibió la mision de regenerar, sustituyendo á las innobles coyundas que arrastrara, el amable yugo del Evangelio (*jugum suave, onus leve*); esto es: la santa unidad de servidumbre, verdadera libertad cristiana, á esa multitud de servidumbres, falsa libertad mundana, que las

concupiscencias y el orgullo imponen al hombre antiguo, iluso siempre, siempre víctima, bien se le considere sacrificador ó adorador, en los mentidos cultos de su razon ó de sus pasiones degeneradas.

Ya en el vestibulo, á la entrada de ese templo monumental que Alzog ha levantado á la historia de la Iglesia, todo respira sublime sencillez y unidad. Así debía ser: porque esta parte de la obra está dedicada al cuadro histórico mas sublime, mas uno y mas sencillo de cuantos habia presenciado el mundo: Jesucristo, el Hijo de Dios y del Hombre, al frente y en medio de unos hombres de condicion humilde, con los cuales establece y constituye la religion de la Cruz. Á todas estas figuras, de un Dios hecho hombre y de unos hombres hechos dioses (*dii estis*), agréganse al rededor en actitud prosternada y en ademan de adoracion otras y otras: aquí la del Paganismo con sus ídolos derribados y sus fabulosas historias deshojadas; allá la filosofia rindiendo su antorcha, mas humeante que luminosa, á la Luz divina que nació en Oriente, de un oscuro ángulo de Belen; y al mismo pié del cuadro santo y á sus lados, la figura del antiguo pueblo de Dios, adorando al Hijo de la Virgen y á los ministros llamados á extender el culto del Hijo y de la Madre por toda la tierra. (*Ecce filius, ecce mater*).

Preguntad á Alzog, ¿por qué á los umbrales de su fábrica pone en relacion con el cuadro fundamental de la historia cristiana todos aquellos cuadros de tan diverso estilo? y os dirá: «Porque, para poder manifestar que realmente vino el Evangelio á *satisfacer el deseo* de todas las naciones y dejar cumplida la esperanza universal, debemos estudiar la «situacion religiosa y moral de los tiempos antiguos.» (Tom. I, pág. 67).

Tal es, y muy justa, la razon científica de ese primer compartimiento de la obra. En él estudiará el observador con una rápida mirada, reunidas y convergentes hácia la fundacion del Cristianismo todas las situaciones que le precedieron y prepararon; bien así como multitud de arcos arrancando de diferentes capiteles cortan anchurosa bóveda para juntarse en la llave de todos ellos. Los arcos son allí las edades del mundo antecristiano: la llave, el Cristianismo.

Entremos. Tres cuerpos tiene el edificio. Alzog los llama, en lenguaje propio de la Historia, PERÍODOS, y á sus respectivos compartimientos los denomina ÉPOCAS.

Después de resumir los gigantescos trabajos que precedieran y contribuyeran á la fundacion del pueblo romano, es sabida de todo el mundo aquella famosa reflexion en que prorumpe el Poeta:

*Tantæ molis erat romanam condere gentem!*

Tambien el que sigue á nuestro narrador en el *primer periodo* de su relato, puede exclamar con el cantor de la Eneida:

¡Tan ardua empresa fue fundar á Roma!

Todas las figuras históricas que desde Nuestro Señor Jesucristo, resucitado y ascendido por su propia virtud al cielo, cooperan con él á

erigir esa nueva metrópoli del orbe, hasta sentar dentro de sus sagrados muros el primado de la Iglesia que á sus títulos de católica y apostólica allegara, por la residencia de su cabeza visible, el tan inamisible como los otros, de *romana*, todas concurren á fijar el interés del espectador en el primer cuerpo, sobre el cual pasea sus miradas. Lo mismo que en el vestibulo del edificio, reina aquí la convergencia, la trabazon y la unidad. El todo reproduce en sólidos macizos los trabajos apostólicos en particular y en comun, desde la Jerusalem que se hunde hasta la Roma que se levanta; desde el Jordan que se tiñió en la sangre del primer Pontífice divino, hasta el Tiber que se enrojeció en la del primer Pontífice humano; desde el primer Pastor y Dios Jesús hasta el primer Pastor y apóstol Pedro, así llamado por su divino carácter de Piedra angular y centro de gravitacion en la indestructible fábrica del Cristianismo.

Figuraos una columna única, central y de corpulenta mole, labrada en lo vivo de la peña, y que en esa columna viva se enlaza y apoya por lo alto columnata circular que rodea y ampara el espesor de grueso muro; y os diréis, luego después de estudiada esa parte de la obra de Alzog: La columna de las columnas es el Apóstol mas humilde y mas exaltado; es Pedro, columna perpétua de la Iglesia, puesto que el Señor que le hizo tal, prometiéndole duracion indefectible á su fe acrisolada, diciéndole: «Yo «he orado por tí, para que jamás falte tu fe (*ut nunquam deficiat fides tua*).» La columnata, sustentáculo y ornamento del muro, en union inseparable con la columna central, es la Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana. De semejante union habló san Pablo cuando llamó á la Iglesia en globo: *la columna y la base de la verdad*.

Si. Leido el primer periodo de la Historia universal de la Iglesia por Alzog, se goza uno al meditar el espectáculo á que acaba de asistir, y la fe se aviva y la razon se alumbra en la evidencia y grandor de los prodigios. Es fuerza entonces exclamar: Roma será de hoy mas la ciudad eterna y capital del orbe cristiano.

Pónganse ahora los ojos en el segundo cuerpo, destinado á contener el segundo periodo de la Historia; y se observará que, sin perjuicio de la solidez y unidad de la primera parte de la obra sobre que descansa, armonizados con la primorosa gracia del carácter griego y la severa y grandiosa sencillez del estilo romano, contribuyen á engrandecer y ornamentar la construccion elementos bárbaros y salvajes, germánicos, eslavos, godos, francos, galos, ... elementos heterogéneos en su origen, pero que haciéndose todos una cosa en santidad, enaltecen mas y mas el edificio santo que los acoge.

Dominan en este segundo cuerpo de la obra, aun mas levantada que en el primero la columnata y la columna central que simbolizan la infalibilidad de la Santa Sede con la Iglesia y de la Iglesia con la Santa Sede, y la perpétua union de ambas bajo un solo Señor, una fe sola, y un solo bautismo. (*Unus Dominus, una fides, unum baptisma*).

La columna viva de Pedro y la columnata apostólica contaban ya siete siglos de existencia, atravesados sin menoscabo de su aplomo, á

pesar de los sacudimientos que mas de una vez pudieron hacer temer se desplomaran. Mas no. Á una serie de siete siglos otra de ocho se añade: y quince siglos de duracion dicen del primero y del segundo cuerpo histórico de la Iglesia á los siglos por venir: Combatida la veréis, no derribada ni ruinosa, si mas sublimada cada dia.

Efectivamente, en la estructura del monumento literario con que tan al vivo reproduce Alzog la sucesiva sublimacion del edificio católico, el que llama *el tercer periodo*, y que el presente escrito llama *tercer cuerpo* de la obra, extiéndose á trabajos no menos difíciles ni menos gloriosos y compactos que los que dieron á los dos primeros cuerpos de la construcción su característica unidad y armonía. Cuatro siglos, consumidos en los últimos trabajos, pero siglos fecundos en conflagraciones y ruinas que parecían destinadas á borrar la fe de Cristo y arrasar su tabernáculo; los cuatro últimos siglos, incluso la mitad del corriente, nos los traza Alzog añadiendo trofeos á trofeos, y prometiéndolos mayores para lo sucesivo, á esa fábrica inmensurable de la Religion, en cuyo seno descuella en este tercer cuerpo como en los dos anteriores la columna-príncipe del Pontificado romano, que teniendo en la tierra su planta, exalta su cabeza hasta el sol, pabellon de Dios. *In sole posuit tabernaculum suum.*

Cierto. No se da un paso en la perfectamente trazada obra de Alzog, sin hallarse cara á cara con la progresiva elevacion del Pontificado en jefe, viviente representacion, personificacion representativa del mismo Señor Jesús en la persona del Obispo de Roma, César espiritual del ilimitado imperio cristiano. Esta irrefragable conclusion, sácala por sí el Autor, en las gráficas expresiones siguientes:

«Aquí, dice, ponemos fin al bosquejo... Hemos visto de qué modo fue prefigurada *la Iglesia católica* en la antigua alianza; fundada por Jesucristo; fecundada con la sangre de los Mártires; oscura al principio y oculta en las catacumbas y cavernas; esplendente y triunfante de Roma y de sus ídolos y Emperadores; maestra de las hordas bárbaras del Norte; reina y señora de las naciones sometidas al espiritual cetro de los sucesores de san Pedro...» (Tom. IV, § CDXIX).

CARACTÈRES GENIALES DE LA OBRA.

*Decorosa veracidad.*

«Polibio (1. 3) decía que casi todos los escritores antiguos que se empeñaron á referir las cosas acaecidas en países remotos, faltaron muy mucho á la verdad en no pocos de sus pasajes...» *multis in locis longè aberrarunt à veritate.* Del mismo Platon, por sobrenombre el FILÓSOFO DIVINO, léese «estar plenamente probado que incurre en falsedad al emitir su juicio sobre los tiempos.» Y crítico hubo que llegó á sentar «no haber existido escritor alguno que no hubiese un tanto cuanto mentido con respecto á historia.»

De ningun historiador se pronunciaron jamás calificaciones tan poco

honoríficas, si todos ellos tuvieran ante los ojos la incontestable máxima de que *la historia es la lengua del historiador*, viniéndose por ella en conocimiento de los grados que mide en la escala de la veracidad; á cuya mayor elevacion la censura pública le impone remontarse. Nuestro gran filólogo Vives lo expresó así con la mas concisa claridad en esta sentencia: «La historia es el retrato de la verdad. Retrato que debe serlo con tal exactitud, que ni añada ni quite un ápice al tamaño de las cosas.» Ahora bien, si la historia es la imagen de la verdad, asimismo lo será del ingenio que la escribe: y cuando la historia exagere ó cuando mutilé ó desfigure sus relatos, de exageracion y de poca delicadeza, ó de manifiesta parcialidad aparecerá tachado entre los buenos críticos el relator.

Hállase exenta de tan fea tacha la reputacion de Alzog, en su Historia universal de la Iglesia. Esta obra clásica habla por él y responde del carácter genial veracísimo que le adorna. Nada tiene que temer su fama, por mucho que sea el rigor con que se contraste, cual con piedra de toque, su obra, aplicándole el dicho aquel del elocuente san Cipriano: «Las obras hablan.» (*Habent enim opera linguas suas*).

Ábrase, pues, el proceso á prueba y hable la obra. El juicio está abierto. No será nada engorroso trabajo el de evacuar las pocas citas que bastan á poner en claro la verdad. Sea el § LXXXIX el que suministre la primera.

Gravísimo es el asunto de la narracion, ocasionadísimo á tergiversaciones, ó, como dicen hoy, versiones apasionadas: es de aquellas en que se deleitan los adversarios de la Religion, y en que fácilmente pueden confundirse y escandalizarse ciertos corazones fieles, pero asombradizos. Corria el tercer siglo de la Iglesia, cuando acaeció una acalorada controversia entre los que con Cipriano á la cabeza, siguiendo la opinion de Tertuliano y Clemente de Alejandria, pretendian haberse renovado el Bautismo de cuantos habian sido bautizados por los herejes, y los que con las iglesias de Occidente defendian que tal renovacion no debía practicarse ni con los mismos herejes que entrasen de nuevo en el gremio de la Iglesia, y no obstante que Roma, con su pontífice Estéban I al frente, decidió de la manera mas categórica y terminante, deberse tener por válido el Bautismo administrado por los herejes, con tal que lo hubiese sido en nombre de las tres divinas Personas, la cuestion andúvose agriando en términos de poder hacerse inminente un cisma. Nuestro historiador rinde aquí homenaje á la verdad duela á quien doliere, no tratando de disimular lo que pudo haber de sinrazon en unos y en otros contendientes: pero, con el tino de escritor desapasionado, que en medio de los malos resultados sabe reconocer la immaculada bondad de los principios católicos, deja en el honroso lugar que les corresponde, á los ilustres Jefes de ambos partidos; diciendo así:

«Las explicaciones de los dos partidos, durante esta controversia, prueban que Cipriano habia considerado la cuestion bajo el aspecto de «la unidad de la Iglesia, y Estéban bajo el de la virtud sacramental del «Bautismo.»

¿Se quiere mas escrupulosa veracidad? ¿Puede darse modo mas verídico y mas delicado de justificar dos opuestas conductas y dejar en pié y sólidamente sentadas las nobles figuras de los dos sagrados campeones para honra y prez del campo de la Iglesia?—Terminó la lucha. La Iglesia habia triunfado.

Nueva ocasion se le brinda y la aprovecha Alzog, de transmitir á su narracion, esa rara impassibilidad genial, de que tan oportuno alarde sabe hacer en los mas espinosos pasajes. Esta vez la explaya en los sucesos y en la figura agigantada del emperador Constantino.

Es fatalidad asaz comun á los grandes hombres el sacarse sus retratos por el pincel de la historia con tintas equívocas y falaces. Así ha debido suceder con el de Constantino el Grande. Sus eminentes servicios á la religion de Jesucristo, mas de una vez se ha pretendido oscurecerlos, representándole á la posteridad cristiana, que tanto le debe, como un falso patrono de la Cruz, como un corazon dividido entre el Cristianismo y la idolatria, llegando hasta calificar de tardía y dudosa su conversion á la verdadera fe. Alzog observa otra conducta, y parece que dejando á Dios el atributo de escudriñador del corazon humano, é inspirándose en sentimientos de benévola piedad hácia tan esclarecido Príncipe, sabe hallar á sus actos y á sus miras, por tantas mal interpretadas temporizaciones con el fanatismo pagano, el mérito de la humana prudencia y de la oportunidad.

Aquella parsimonia, de que se ha hecho un cargo al hijo de santa Elena, en ir paulatinamente desterrando de Roma el Paganismo, bien es verdad que Alzog la atribuye á ignorancia y á la ilusion que el victorioso Emperador se hacia imaginándose que, como en los primeros dias del reinado de Diocleciano, podrian vivir pacíficamente el uno al lado del otro, el Cristianismo y el Paganismo: mas en ello admira una disposicion de loables consecuençias para el mas sólido triunfo de la verdadera Religion. «Semejante ignorancia, dice nuestro historiador... fue de hecho favorable para la religion cristiana, por cuanto impidió que Constantino obrase de una manera brusca y prematura, y por lo mismo, fuese al desarrollo natural y progresivo de las cosas.»—«Solo así, añade con toda su impassible veracidad, pueden explicarse ciertos actos de «Constantino.» En escritores como Alzog no se avienen el lenguaje de la verdad y la maledicencia.

¡Qué otro cuadro para un historiógrafo menos verazmente hábil y decoroso que el Autor, el que durante los siglos de la edad media ofrecia la general relajacion é ignorancia de una gran parte del Clero y de las clases láicas! Cuadro es para poner á prueba al mas diestro y concienzudo retratista. Descuidad: la imagen saldrá fielmente bosquejada.

Como del trabajo salga radiante y pura la santidad, que jamás consintió mancharla ni la puede contraer, de la Iglesia cuyas prendas, aparte de las imperfecciones humanas, tan cumplidamente fija Alzog en la tela de su Historia, á nadie asuste ni escueza el divisar en el fondo figuras de aspecto desapacible y de colorido oscuro, en traje de sacerdotes y

de príncipes, y de monjes y acaso de pontífices, ó en grupos que representen comunidades, ó asambleas religiosas, ó tal vez bastardos concilios.

Fuera vanos escrúpulos y pánicos terrores. Todas esas; no repareis en su número, ni en su aspecto, ni en su carácter, ni en sus actitudes y vestidos; todas esas son figuras de hombres que si pertenecieron á la Iglesia santa, no por eso fueron santos: y sin embargo la Iglesia, santa fue con ellos y á pesar de ellos, y despues de ellos lo ha sido, es y será, y producirá, como siempre ha producido, santos con la gracia del Espíritu Santo que la preserva del pecado y de la muerte.

Figuras de mortales y de pecadores,—y esto es lo que Alzog hace resaltar en su trasunto histórico de tan mortíferos y pecadores siglos,—no perjudican, no mancillan ni empañan el terso cristal de la impecabilidad é inmortalidad de la Iglesia.

Salva la inculpabilidad de la Iglesia como institucion divina, la austera veracidad que atesora su genio no le impide á Alzog el excusar hasta cierto punto las faltas y prevaricaciones del Clero, en la disipacion característica de la época, ni omite señalar en pinceladas de gran luz el renacimiento de las virtudes antiguas, que por la iniciativa y valeroso aliento de un Clero regenerado, y con el mejor uso de su ascendiente sobre la sociedad, volvieron á florecer en el mundo, desde las condiciones sociales mas elevadas hasta las mas humildes.

Basta, finalmente, por todas la prueba que de su decorosa veracidad, en caso ninguno depresiva ni menos filial para con la santa madre Iglesia, da en el periodo tercero de su Historia. Forma su objeto el Protestantismo, con las causas que presidieron á su generacion; que nacido le arrullaron en la cuna; y que suelto de sus pañales, conspiraron á mimar la desenvoltura de su adolescencia, hasta dejarle en plena libertad para declararse contra toda jurisdiccion, contra toda venerable tradicion y contra todo dogma natural, social y religioso. La tempestad que á fines del anterior periodo se presentia cercana, reventó con espantosa fuerza. El metéoro que le dió principio habíase desgajado de la nube. Habia aparecido Lutero: esa odiosa pero lógica personificacion de la indisciplina infiltrada en la generalidad de la Europa cristiana, por las doctrinas heréticas de falsos doctores, por el mal ejemplo de relajados príncipes espirituales ó temporales y por los hábitos de molicie y de independencia que las culturas oriental, griega y romana infundieron en una generacion hastiada ya de lo antiguo, sedienta de novedades y reformas.

Lutero, el protagonista del *nuevo desorden* de cosas y de ideas, y no «nuevo orden» como le llaman los apologistas del Protestantismo, sale retratado del pincel de Alzog con tamaña verdad, naturalidad y maestría que ni una pincelada de luz ni de sombra se permite echar á impulsos de la pasion.

En el claro de su espaciosa frente deja traslucir la vibrante inteligencia del heresiarca; pero en los rugosos pliegues del entrecejo no disimula los efectos que hace una dialéctica cavilosa y pertinaz sobre una

cabeza enardecida. En lo recogido y circunspecto del gesto y del ademán retrata la austera compostura de un ermitaño de san Agustín; pero en lo crispado de las manos, en lo fruncido de los labios y en lo esquivo de la mirada, deja adivinar la mal recatada impaciencia que está ya mordiendo el freno de la autoridad, próxima á lanzarle de sí para siempre, para lanzarse el apóstata del silencioso claustro al bullicioso mundo. En la copia halla el observador, exento de atenuación y de exageración á un mismo tiempo, la declinación del bien y la progresión del mal, el genio y la bajeza, la religión y la hipocresía, la espiritualidad y la sensualidad, en una palabra, todo lo que encierra de horrible la alianza de la perversidad con el talento, del Dragón con el Ángel.

Tal cual es en hechos y escritos el funesto agitador de los cuatro últimos siglos, tal le retrata Alzog, y en el corifeo retrata anticipadamente á todos sus secuaces de distintas legiones. Verdaderamente tal cual es le pinta: como tipo de rebelde orgullo, sobrepuesto á la fe porque manda; á la conciencia porque reprende, y á la autoridad porque castiga, ó si se quiere decir de otra manera, como tipo del espíritu humano engreído con la libertad de perderse y perder al mundo.

Posesionado de la verdad del asunto y ciegamente rendido á sus santas leyes, después que ha personificado en el apóstata de Eisleben el vertiginoso espíritu de reforma general que agitaba á la Europa en el siglo XV, «al mismo tiempo que el pensamiento religioso iba desapareciendo, por decirlo así, de las relaciones públicas;» atribuye Alzog á la Reforma personificada en Lutero, todo el grandor de su importancia: lo dice en esta su luminosa síntesis: «La reforma de la Iglesia, á la cual «pretende Lutero dirigir sus trabajos, llega á ser el móvil de todos los «acontecimientos políticos y religiosos, y, por consiguiente, el eje de la «historia.»

Á la luz de este pensamiento sintético, centellean de verdad todos los grandes y exactísimos bocetos que traza con una precisión y aplomo inimitables, así de los personajes como de los acontecimientos que explican su aparición ó que su aparición explica y desarrolla: y con la más serena y razonable imperturbabilidad afea las indiscreciones y demasías, sin hacer acepción de personas: pero nunca declina en los santos principios, sobre que descansan las instituciones católicas, ni la responsabilidad de los que anduvieron indiscretos ó desacertados en su aplicación, ni la inexcusable criminalidad que contrajeron los caudillos y los acaudillados de una reforma bastarda en todos sentidos é impotente para remediar alguno de los males que deploraba con fingido sollozar.

Ni en una ni otra colección resultan desnaturalizados ni recargados por el pincel del Autor los cuadros históricos comparativos del Protestantismo y del Catolicismo. Mas la misma corrección del dibujo arranca á la buena fe esta confesión: el Protestantismo seduce y ciega, cuando más, porque indisciplina; y el Catolicismo convence y persuade, porque ordena y subordina.

Un resultado tan plausible augura á la reputación católica del histo-

riador Alzog un alto puesto de honor entre los más ingenuos compiladores de la Historia eclesiástica.

ALTITUD DE MIRAS Y DIGNIDAD DE FORMAS.

MIRAS. — ¿Será permitido adivinar las que se lleva un escritor, á través del prisma de su propio trabajo? En el tono, en el fondo, en los giros que se dan á conocer como permanentes atributos del genio que los inspira, que vienen á ser uno como sello estampado por la invisible mano de ese mismo genio en su producción literaria, ¿sería temeridad investigar los elevados fines, las tendencias que revela el modo de comunicar y someter á la crítica contemporánea y póstuma las concepciones del espíritu? Pero tal vez á la pregunta anterior haya quien oponga otra, diciendo: ¿y qué miras se quieren adivinar en la producción de Alzog, que no estén ya sobradamente sabidas y presupuestas en cualquier historiador honrado, cuales son, la de presentar desnudas las acciones humanas cuya desnudez se considera precisa para su provechoso estudio, y encubiertas y recatadas aquellas cuya desnudez ofreciere más peligro que útil enseñanza, y así discurrendo de otras miras, de las cuales ningún historiador cordato se podría dispensar?

Estaría en su lugar una pregunta semejante, si las miras que pueden explorarse en nuestro Autor fuesen tan solo las comunes, las impuestas y preceptuadas por el arte. Pero no se trata de estas. Las suyas derivan de otro principio más elevado, más especial: merecen al ilustre Alzog el dictado de toda una especialidad en su género: son miras altamente filosóficas y geniales.

Son *geniales*. Solo el genio posee el privilegio de remontarse, según lo hace Alzog, á la región sublime de las causas, á la cual es dado á pocos ascender y descender luego al humilde y llano suelo de los efectos, que tocan y afectan sin excepción al común de los hombres, fraternizando con ese innumerable vulgo que llaman humanidad, y enseñándola á ver los bajos efectos en relación con altas causas, y á concertar estas y aquellos con una causa altísima, esto es, los actos humanos con la acción divina.

No otra cosa que el concierto de la operación divina y de la cooperación humana, es la que establece el tranquilo curso de los fenómenos de la vida moral entre los hombres; así como en el contrario sentido, del contraste de la acción divina y la reacción humana dimanar todas esas inundaciones en que la corriente social saliéndose de madre lo arrasa todo, y lleva, en arrebatados remolinos, individuos, familias, pueblos y razas enteras.

Ni con la Historia eclesiástica tiene otro designio Alzog que describir, en ordenados paralelos, ó la acción de la humanidad correspondiendo humilde y reconocida á la acción de la divinidad en la Iglesia de Dios, pactándose y solidándose por la unión de una y otra, la única sociedad perfecta, porque su espíritu es de paz y amor (*religio per eminentiam*); ó la reacción de la humanidad sublevándose contra la acción de la di-

vinidad, en las prevaricaciones, cismas y herejías: cuerpos animados por el espíritu del mundo, que promete á sus adeptos una paz de que él carece, y una sociedad bien organizada, que él, egoísmo por excelencia, hace imposible.

Ya á la primera palabra (§ I), en una rápida série de abstracciones—y cuenta, que *la abstraccion es la intuicion del genio*—alumbra, como el sol desde oriente, el espacio que va á recorrer: y nos advierte en todas ellas la necesidad que tiene el hombre de estar en buenas relaciones con su Dios y con el cuerpo visible de la sociedad religiosa, organizada y animada por la bondad infinita, para que la humanidad entera viva feliz bajo su disciplina (disciplina eclesiástica), que llama Alzog, con su genial elevacion de miras, «única pedagogía verdadera de la humanidad.» (§ IV).

Oid de boca del Historiador algunas de esas abstracciones, según se las ha inspirado el genio de la Religion, que lo es á la par de la Historia universal de la Iglesia.

*Primera.* «En la antigüedad anterior al Cristianismo no podia concebirse completamente, ni menos realizarse la idea de una historia universal.»—*Segunda.*... «La historia universal forma un todo orgánico, vivificado por una unidad interior.»—*Tercera.* «El Cristianismo fue el primero que dió la idea fundamental de la historia universal, al promulgar su doctrina de un Dios, Padre de los hombres, unidos todos esencialmente por la redencion á Jesucristo, y todos llamados á la santificación y á la union con Dios en su reino celestial. Al mismo tiempo estas ideas fundamentales fueron como incorporadas y visiblemente realizadas en el establecimiento y propagacion de una Iglesia católica, y expuestas con maravillosa claridad por el obispo de Hipona san Agustín, en su magnífica obra: *De la Ciudad de Dios*, dividida en XXII libros.»—*Cuarta.* «LA HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA tiene, pues, por objeto el exponer la accion y la influencia de la Iglesia en todos los tiempos y países, bajo todas sus formas, y demostrar que todo está enlazado y tiende á un mismo fin: Dios y su gloria.» (§ V).

¿Quién no ve en esta última abstraccion, sumario y término de todas las demás, el genio católico, en toda su esplendente sublimidad, iluminando la mente del escritor alemán y derramando sobrehumana luz por ministerio suyo sobre todos los puntos que tomó sobre sí dilucidar?

Iluminado Alzog por el espíritu religioso, que es el *genio bueno* de los cristianos; como sacerdote y como teólogo, realmente en su trabajosa jornada por las oscuras profundidades de la historia todo lo dilucida; y realiza, en la lucidez y cumplimiento de sus elevadas miras, aquel mandato evangélico, que sin indignidad podria ponerse por epigrafe de su elogio: «Resplandezca de tal modo vuestra luz en presencia de los hombres, que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.»

Si despues de estas apreciaciones de las geniales y santas miras ó fines del Autor, hubiera quien en su luminosa y buena obra, cuyo objeto recapitula en este lema: «Dios y su gloria,» anduviese buscándole

sombras y mancillas, se le podria decir: Manchas tiene el sol, y con todo, el águila hechízase en su luz, y ejércitos de estrellas, á su resplandor, parecen eclipsadas.

No se busque *obra de hombre* exenta de mancha; cuando todas las puras criaturas, *obras de Dios*, los mismos Angeles, á los ojos de Dios las tienen: exceptuándose sola María santísima de esta ley general de la creacion. De ninguna otra, sino de ella ha dicho Dios: «Eres inmaculada!»

Resta probar ahora, que las elevadas miras de Alzog, á mas de *geniales* en sentido eminentemente católico, son, tambien en igual sentido, profundamente *filosóficas*. Que se compromete y sabe dar á su obra el carácter filosófico de que se halla poseido él mismo, y cuál sea en todo su fondo y en sus tendencias ese carácter, está de manifiesto en la declaracion que nos hace (§ VI) del espíritu filosófico que inspira á su pluma.

«Es necesario, dice, que la historia eclesiástica sea... *filosófica*... Sin embargo, no pretendemos aludir con esto á ese espíritu filosófico superficial, que se contenta con buscar é indicar las causas finales, paratiendo siempre de inducciones puramente psicológicas ó políticas, y no viendo mas que al hombre en su accion, sin remontarse á una causa final mas elevada; sino de ese otro espíritu filosófico mas profundo que ve obrar á la vez en la historia al hombre y á Dios, enseñando y castigando como un pastor á sus ovejas (*Eclí xxiii, 13*), y que estudia con detenimiento el íntimo y vivo enlace de las cosas divinas y humanas, de las cuales habla con tanta claridad y tan maravillosa sencillez el apóstol san Pablo cuando dice: «En Dios vivimos, nos movemos y somos. (*Act. xviii, 28*)...» «Pero es preciso, añade Alzog, que la Historia eclesiástica se eleve mas alto todavía. Su pensamiento fundamental y constante, su idea propia, debe ser el reino de Dios desenvolviéndose entre los hombres.»

De esta suerte, y con la elevacion de miras trascendentales bajo que concibe nuestro Historiador la direccion filosófica de sus exposiciones históricas, su inteligencia procede á registrar en cada acontecimiento notable un hecho demostrativo de que Dios hace sentir el desenvolvimiento de su reino en la tierra (*in via*), con la enseñanza; así como hace sentir la plenitud de su reino en la gloria (*in patria*), no con la enseñanza, sino con la eterna vision de la Verdad y posesion del Bien infinito. Júzguese de este proceder y de su alta filosofía, en la mas acabada ampliacion que de su *idea* añade en las palabras siguientes:

«Solo comprendiendo de este modo la idea del Cristianismo el historiador filósofo se eleva á la altura de la única concepcion histórica, luminosa y verdadera, que le muestra al hombre, no juguete de la *suerte*, del *hado* ó de la *casualidad*, según las sombrías y desconsoladoras ideas de los historiadores antiguos, sino al hombre siempre libre en sus acciones y dirigido por Dios sin violencia hácia el fin supremo que